

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

130 Conclusiones
(última entrega)



“UN ERROR ESPECTACULAR”

Salvo durante el desafortunado gobierno del Perón del retorno, del Perón anciano pero capaz de arrojar las iras más devastadoras sobre quienes tuvieran la insolencia de oponerse y salvo durante el gobierno de Carlos Saúl Menem, el peronismo siempre tuvo un enemigo unívoco y que sin duda lo honra: Eric Hobsbawm lo llama *la oligarquía*; y aclara: *los ricos, la clase dirigente local* (Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, ed. cit., p. 140). Dice que las masas cuya movilización pretendió y consiguió Perón “no eran aquellas que temían por lo que pudieran perder, sino las que nada tenían que perder” (Hobsbawm, *Ibid.*, p. 140. “Salvo sus cadenas”, debió completar Hobsbawm para exhibir la latencia “marxista” que el enemigo feroz de estos movimientos –las oligarquías locales y el imperia-lismo– vio en ellos y con esa ferocidad los reprimió). Y sigue: “El apoyo principal de Perón era la clase obrera y su maquinaria política era una especie de partido obrero organizado en torno al movimiento sindical que él impulsó” (Hobsbawm, *Ibid.*, pp. 140/141). Con eso fue el único que organizó a los “que nada tenían que perder” contra la oligarquía, los poderosos de las finanzas y las potencias del gran capital.

Si nuestro país se viene largamente preparando para ¿conmemorar? el Bicentenario, tal vez convenga recordar que eso que dijo un ruralista de la agresiva “Mesa de Enlace” es cierto. Por desgracia, a este país lo hicieron el Ejército, la Iglesia y el campo. Ese elegante señor argumentó que así se lo había enseñado su profesora de Historia y, sin posible duda, así habrá sido, dado que los manuales de Historia de nuestras inocentes escuelas enseñan eso y lo vienen enseñando desde siempre. Hay quienes dicen: “A este país, mal o bien, lo hizo la oligarquía”. Es cierto: lo hizo, y mal. ¿Qué se festejará? ¿Un monólogo de las clases poderosas del Buenos Aires poderoso apenas interrumpido por el federalismo del siglo XIX, tímidamente por el yrigoyenismo del XX, más severamente por el primer peronismo, solitariamente y con enorme valentía por la Resistencia Peronista, y con iracundia por la juventud “maravillosa” que fue masacrada en 340 campos de concentración? Podemos agregar el juicio que Alfonsín hizo contra la Junta desaparecedora. Y el siglo XXI está aún muy cerca, aunque es fácilmente detectable que los sectores tradicionalmente dominantes han engendrado un odio tan desmedido hacia los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández que señala la existencia de una política que los agrede seriamente. Si es que nos guiamos (y no es una mala guía) por la fiera que esa política les ha despertado. Tal fiera sería irracional que respondiera a ciertos cuestionamientos livianos.

El resto ha sido el largo monólogo de las clases poderosas de la Argentina, de sus fuerzas armadas, que siempre les han respondido, y de su Iglesia, que siempre los ha confirmado o consolado en sus patrióticas atrocidades humanitarias.

¿Por qué todo terminó tan mal? ¿Por qué fue tan completa la derrota? Más aún: ¿por qué les fue tan sencillo a los militares derrotar a la guerrilla? ¿Cómo fue posible que en este país “culto y a la europea” cometieran los horrores que cometieron? ¿Por qué se habla –en el exterior y sin ninguna hesitación– del Reich argentino? ¿Por qué Primo Levi (nada menos que él) ubica al que aquí tuvo lugar entre los genocidios del siglo XX?

Sigamos la explicación de Eric Hobsbawm. Tratará de echar alguna o bastantes luces sobre lo que denomina “un error espectacular”. Escribe: “Fidel Castro (1927) no era una figura insólita en la política latinoamericana: un joven vigoroso y carismático de una rica familia terrateniente, con ideas políticas confusas pero dispuesto a demostrar su bravura personal y a convertirse en el héroe de cualquier causa de la libertad contra la tiranía que se le presentase en el momento adecuado (...) *En términos puramente militares la amenaza era modesta*. Un camarada de Fidel, Che Guevara, médico argentino y líder guerrillero muy dotado, inició la conquista de Cuba con 148 hombres que llegaron a ser 300 en el momento en que prácticamente lo había conseguido” (Hobsbawm, *Ibid.*, p. 437. Cursivas nuestras). Lo que dice Hobsbawm seguidamente (y que está confirmado por toda la historiografía de izquierda o centroizquierda sin intereses propagandísticos) es importante: “Fidel ganó porque el régimen de Batista era frágil, carecía de apoyo real, excepto del nacido de las conveniencias y los intereses personales, y estaba dirigido por un hombre al que un largo tiempo de corrupción había vuelto ocioso. Se desmoronó en cuanto la oposición de todas las clases, desde la burguesía democrática hasta los comunistas, se unió contra él y los propios agentes del dictador, sus soldados, policías y torturadores, llegaron a la conclusión de que su tiempo había pasado. Fidel lo puso en evidencia y, lógicamente, sus fuerzas heredaron el gobierno” (Hobsbawm, *Ibid.*, p. 437). Sigue Hobsbawm (quien se confiesa fervoroso adepto de la Revolución Cubana en estos comienzos de gloria): “La revolución cubana lo tenía todo: espíritu romántico, heroísmo en las montañas, antiguos líderes estudiantiles con la desinteresada generosidad de su juventud –el más viejo apenas pasaba los treinta años–, un pueblo jubiloso en un paraíso turístico tropical que latía a ritmo de rumba” (Hobsbawm, *Ibid.*, p. 439). Sobreviene la disidencia entre Castro y el Che. Castro pareciera más proclive a afirmar la Revolución antes de expandirla. Se integra, así, a la política de coexistencia pacífica de URSS.

El Che, no. Escribe Hobsbawm: “Un joven y brillante izquierdista francés (¿quién si no?) proporcionó la ideología adecuada, que sostenía que, en un continente maduro para la revolución, todo lo que se necesitaba era llevar pequeños grupos de militantes armados a las montañas apropiadas y formar ‘focos’ para luchar por la liberación de las masas” (Hobsbawm, *Ibid.*, p. 439). Es el célebre texto de Régis Debray ¿*Revolución en la Revolución?* (Nota: Hemos tratado esto, pero necesitamos señalarlo de nuevo brevemente aquí.) “Primero (dice el joven brillante francés), se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario” (Régis Debray, ¿*Revolución en la Revolución?*, *Lucha Armada*, Buenos Aires, Año 1, Número 1, p. 141). Esta grave alteración de la teoría marxista de lucha social y política originó las guerrillas latinoamericanas. “En toda América latina (escribe Hobsbawm) grupos de jóvenes entusiastas se lanzaron a unas luchas de guerrillas condenadas de antemano al fracaso, bajo la bandera de Fidel, de Trotsky o de Mao” (Hobsbawm, *Ibid.*, p. 439). Pero la gran bandera fue la de Ernesto “Che” Guevara. Acaso se le aproxime Camilo Torres, el cura rebelde, levantisco, ese ejemplar seguidor del Cristo combativo, del que había venido a traer la espada, del que había echado a los mercaderes del Templo, del que detestaba a los ricos y amaba a los pobres. ¿Qué más requería un cura para sentir que continuaba los pasos del Crucificado cuando hacía frente a los poderosos, a los dueños de la tierra con una metralleta en mano? Pero –insistamos– el gran ejemplo fue el Che. Y el mandato de Castro: *Sean como el Che*. Tenemos entonces los elementos para diseñar los puntos esenciales que llevaron a eso que Hobsbawm llama *un error espectacular* (Hobsbawm, *Ibid.*, p. 439). *Primero* La Revolución Cubana no derrotó a un enemigo poderoso. Primer espejismo. Los restantes países de América latina (y sobre todo la República Argentina) eran mucho, pero mucho más poderosos que la Cuba de Batista. No se tomó en cuenta. ¿Por qué? *Segundo* Porque el Che afirma (en un célebre y breve texto que se leyó a lo largo y a lo ancho del continente) que Cuba no fue una excepción. Y ataca ferozmente a los excepcionalistas como contrarrevolucionarios. Surge la tesis de exportabilidad de la Revolución Cubana. Lo que se hizo en Cuba se puede hacer en cualquier país de América latina. El que promovió con su carisma, su nervio y su sinceridad combatiente la expansividad revolucionaria a lo largo del continente fue Ernesto Guevara. En un conocido y pequeño texto se pregunta si Cuba es una excepción o es la vanguardia de la revolución en América latina. No duda: *es la vanguardia*. Su ejemplo debe ser tomado por todos. *Tercero* La teoría del foco lo posibilita. *Cuarto* Para demostrarlo, el Che emprende su travesía boliviana. La terrible derrota que sufre (denunciado por los propios campesinos que había ido a liberar) sólo sirve para elevarlo a las alturas del mártir crístico de la Revolución. *Seamos como el Che*. Esa frase que Fidel repite innumeradas veces en un discurso tiene ahora una lectura extrema: *Luchemos hasta morir*. Demos la vida por la causa de la libertad de América latina. La prueba más alta de la verdad de un militante es dar la vida por la Revolución. No me interesa penetrar en territorios psicológicos. Si aquí hay una pulsión tanática. O un culto a la muerte, lo dejaremos de lado. Pertenece a esa generación y lo primero que se preguntaban todos era si serían capaces de ofrecer su vida por la liberación nacional y social de su país. Incluso algunos católicos citaban una frase que atribuían al apóstol Pablo: “En vuestra lucha contra el Mal aún no habéis llegado hasta la sangre”. ¿Qué era “ser como el Che”? Era ser derrotado y morir. Nadie lo leyó así. Se leyó: dar la vida por la gran causa de la liberación de los oprimidos. Y también: si el Che dio su vida, ¿por qué no tomar la de otros, que no sólo valen mucho menos que la de él, sino que son nuestros enemigos?

LA TEORÍA DEL FOCO EN EL MONTE TUCUMANO

El “error espectacular” radicó en una pésima evaluación del poder de fuego de las fuerzas enemigas. La responsabilidad de Castro es muy grande en esto. Lamento decirlo. Pero uno no escribe para ganar amigos o decir cosas bonitas de líderes que muchos necesitan mantener immaculados. Lo siento: Fidel debió evaluar las fuerzas que el imperialismo y “sus aliados locales” (poderosos siempre) tenían para reprimir la guerra de guerrillas. Debíó alertar sobre el voluntarismo guevariano: no se lucha en un terreno enormemente desfavorable. Un asmático no puede meterse en una selva cuya humedad sofoca a cualquiera, y a él lo inutiliza. Su capacidad para sobrellevar el sufrimiento conmovió a todos, pero no va a ganar la guerra. “Sean como el Che, pero tomen más precauciones.” Que la Revolución Cubana había nucleado a los campesinos y que éstos la acompañaron militarmente porque querían con fervor la caída de Batista. Que una revolución no se hace sin un respaldo popular. Debíó saber y hacer saber que el Imperio Norteamericano no estaba dispuesto a dejarse sorprender otra vez y cortaría de raíz todo intento revolucionario. Al entrenar a todos los aspirantes a guerrilleros que llegaban a Cuba debíó decirles –como parte de ese adoctrinamiento– que el enemigo era muy duro, y que –mercenarios o

no– estaban ferozmente ideologizados y su odio al comunismo provenía de adoctrinadores militares y religiosos que sabían hacer su trabajo. O sea, que iban a enfrentar a soldados llenos de odio. La guerrilla argentina (los Montoneros, no el ERP) tuvo, al menos, el tino de tratar de enancarse en un gran movimiento popular. Pero no pudo eludir la tentación de la vanguardia. Le pidió la conducción a Perón, o compartirla. No comprendió al pueblo peronista y lo postergó para otra etapa de la lucha. Lo demás lo hemos visto.

El ERP lleva la *teoría del foco* al extremo cuando se mete en el monte tucumano. Para colmo, hace saber –como parte de su accionar propagandístico– que domina un tercio del territorio tucumano. ¿Qué disparate! Yo iba cada dos meses a Tucumán, hablaba con medio mundo y nadie tenía la preocupación que algo así habría provocado. (Mis clientes eran empresarios.) Además, en 2009 aparece un libro que se llama algo así como *El Vietnam argentino*, escrito por un periodista de *La Nueva Provincia* y con prólogo de Rosendo Fraga y; desde luego! se basan en esa estimación disparatada del ERP. El general Vilas fue entonces a liberar una provincia ocupada por la guerrilla. ¿Un tercio del territorio dominaban los hombres de Santucho! ¿El Vietnam argentino! ¿Cómo no iba a aplicar Vilas las teorías del coronel francés Roger Trinquier, *Guerra, subversión y revolución?* “Qué boludos fuimos”, puede reflexionar hoy un erpio autocrítico, hay muchos. “Nosotros largábamos ese invento propagandístico en que decíamos que dominábamos un tercio del territorio y ahora lo usan para justificar a Vilas y a Bussi.” Vilas aplicó la técnica de la OAS en contrainsurgencia. Las atrocidades que cometió en Tucumán no admiten descripción posible. Era el Plan Fénix de los yanquis en Vietnam. Y desde luego la técnica de la tortura de inteligencia de los franceses en Indochina y Argelia. Hoy la usan los norteamericanos en Irak. Lo hemos dicho: crea el campo de concentración “La Escuelita” y ahí se lleva a cabo día a día, minuto a minuto la tarea de masacrar los cuerpos. “Si por respeto a las normas clásicas nos hubiésemos abstenido de emplear los métodos no convencionales, la tarea de inteligencia –y ésta era una guerra de inteligencia– se habría tornado imposible de llevar adelante” (citado por Martin Andersen, *Dossier secreto, El mito de la “guerra sucia” en la Argentina*, p. 166). Entre tanto, en Montevideo, el 10 de octubre de 1975, Videla declaraba: “Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país”. Algunos de mis clientes, en voz baja (el ingeniero Grodek, por ejemplo, de Ampere SA), me decían: “Hay algo que aquí no se está haciendo bien. Se llevaron a un chango la otra vez. Pobrecito. Tenía mujer, dos hijos. Se lo juro, José. Ese chango trabajaba de sol a sol. ¿En qué podía andar ese chango? Años que lo conozco. No hizo más que trabajar desde chico”. El ERP –como mucho– habrá llegado a tener cien milicianos en el monte de Tucumán. Sólo por el campo de concentración “La Escuelita” pasaron 1507 personas. “La tortura era rutinaria en ‘La Escuelita’, que recibió su nombre porque antes había sido una escuela. Era el primer campo de concentración clandestino conducido por el Ejército en el país y uno entre varios que funcionaron en la provincia a partir de 1975” (Andersen, *Ibid.*, p. 167). Cuando se fue Vilas (hubo algunos pedidos de oficiales del Ejército que advirtieron que el hombre no estaba muy en sus cabales, pese a lo cual lo derivaron a Bahía Blanca, donde se unió a los de *La Nueva Provincia*, tan tanáticos y paranoicos como él, y desataron una caza de brujas en la Universidad del Sur) asumió Domingo Bussi, que continuó aplicando los métodos de Vilas y la OAS. De todas formas, en plena democracia, los tucumanos lo eligieron como gobernador de la provincia. Era como elegir a Hitler. Pero lo eligieron.

LOS ERRORES DE PERÓN

Perón y la Jotapé cometieron enormes errores. Recordemos que hablamos de un desastre. Para que un desastre se produzca los errores no pueden ser pocos, tienen que ser muchos y graves. Enumeremos los de Perón. ¿Para qué volvió? Su estado de salud apenas si le permitiría gobernar por escaso tiempo. Supongamos que se creía inmortal. Insistamos entonces: ¿para qué volvió? ¿Por el uniforme, por hablar otra vez desde el balcón de la Rosada? ¿Sólo por eso? ¿Le era tan necesario eso? Lanusse le tendió una trampa mortal cuando dijo que no le daba el cuero. Ahí lo hizo venir. Ahí, Perón no tenía otra. Orgulloso como era tenía que aceptar el reto. Lanusse aparece derrotado en el primer round, pero gana la pelea por KO. Perón se muere sin resolver nada. Supongamos que todos lo incitaban a volver. Por supuesto: era un negocio que no dejaba de convenir. Era volver al Gobierno. Perón, incitado por Lanusse y por los suyos, vuelve. Ahí empieza a cometer errores. 1) Le deja la custodia del palco a una pandilla de delincuentes. ¿Por qué aceptó y eligió como tropa propia a esos impresentables asesinos? ¿Creía que podría controlar a esa gente? ¿No tenía otra cosa? ¿O no sabía nada como el viejo en vertiginoso deterioro que todos decían que era? 2) Se apresura en el discurso del 21 de junio en condenar a la Jotapé. Era un conciliador nato. Alguien que siempre sumaba. ¿Por qué resta a la juventud? Además, hay algo desagradable en ese discurso. Todos lo advierten. Ayer dijo una cosa, hoy dice otra. ¿Por qué le prometió tanto a la juventud y ahora la tira a la basura? Hace rato que le dicen “la parrala”. ¿Esto no erosiona la

credibilidad de un político? ¿Se le podía creer a Perón? ¿Se podía confiar en su palabra? 3) No investiga lo de Ezeiza. A otra cosa: la culpa fue de la juventud, que queda “cuestionada”. 4) Los recibe en Gaspar Campos. Y les pone a López Rega de intermediario. ¿Era una broma? ¿Se burlaba de la Jotapé? Si era una burla, pronto advertiría que las burlas en esa Argentina que desconocía y con esos jóvenes que desconocía aún más se pagaban caras. 5) La fantochada del golpe contra Cámpora. Los micros de Rucci. Un papelón. 6) Pone a Lastiri de Presidente. Un pobre tipo. El lacayo de un lacayo. El lacayo de López Rega. 7) Las conferencias en la CGT le salen bien: demuestra lucidez y elabora algunos conceptos acertados para enfrentar la coyuntura. 8) Le cede la vicepresidencia a Isabel. Aquí se suicida. La historia ya está escrita: la puso a la Chabela, ergo: lo puso a López Rega. Ya todo el país sabe que Isabelita pertenece más a López que a Perón. 7) Golpe en Chile. Maltrato a los refugiados. Habla mal de Allende. Se encuentra con Pinochet. Horrible. 8) Asesinato de Rucci. Se asusta. ¿Qué pasa en el país? ¿Fueron los montos? ¿Fue la CIA? 9) Responde como un alucinado. Aterroriza a todos. *Documento Reservado*. Nunca más el pueblo simple, el pueblo-pueblo va a una concentración peronista. Es arriesgarse a morir. 10) 17 de octubre. ¿Al fin va a hablar a su pueblo desde los balcones de la Rosada! Pero admite que le pongan un vidrio blindado. El mensaje de ese vidrio es sólo uno: Perón está siempre en peligro de muerte, los marxistas lo pueden matar en cualquier momento. Se acabó la alegría de los clásicos diecisiete. Ahora el país está en guerra. El sol rebota en el vidrio y ni siquiera se lo puede ver al anciano general. El discurso no vale nada. ¿Cómo, pero *cómo* acepta que le pongan ese vidrio entre él y el pueblo al que se supone ama y del que desea recibir su amor? ¿Dónde está la relación líder-masas? ¿Tiene un vidrio en el medio? 11) Le da la mano libre a las bandas de la derecha. Atentados, violencia lumpen, asesinatos. La gente simple tiene miedo. ¿Qué pasa en el país de Perón? ¿Tanto tiempo se esperó por esto? 12) ¿No podía organizar una fuerza de choque menos barbárica? ¿No hubo un solo sector del Ejército que pudiera apoyarlo? 13) Parece que ni lo desea. Pone a un asesino célebre, a un loco sin retorno, que desborda odio, a un hombre formado en la OAS y en la Escuela de las Américas al frente de la Policía: Villar. Y a otro loco, Margaride. Queda claro: Perón quiere que se tire con buena puntería. Perón quiere que se tire a matar. ¿Se necesita alguna prueba de esto? ¿Sabía hacer alguna otra cosa Villar además de torturar y matar gente? No. Si alguien lo pone en el más alto puesto de la policía, ¿qué está esperando de él? ¿Qué les lea sus derechos a los ciudadanos como los buenos policías de las películas? 14) Ascende a López Rega de cabo a comisario general. Se dan un abrazo. El país entero lo ve y si no revienta de risa es porque tiene miedo. Le tiene miedo al payaso. El payaso es cada día más poderoso. 15) Maltrato público a los diputados de la Jotapé. Amenazas. “Nosotros, por perder un voto no nos vamos a preocupar.” 16) Lo de la Guarnición de Azul es una torpeza tan grande del ERP que le juega a favor. Se viste de milico y despotrica contra los infiltrados. 17) El “navarrazo” es una insolencia institucional contra todo el país. Destituye a Obregón Cano y a Atilio López en lugar de reponerlos en sus cargos. ¿O no hay una Constitución? 18) Todo el mundo sabe que en Córdoba actuaron parapoliciales. Que la ciudad de Buenos Aires está recorrida asiduamente por coches sin chapa, con gente armada adentro. Ana Guzzetti –en una conferencia de prensa– le formula una (hoy ya célebre) pregunta acerca de veinticinco unidades básicas voladas y doce militantes muertos. Afirma –por si fuera poco– que todo está hecho (“evidentemente”) por grupos parapoliciales de ultraderecha. El Presidente de la República la manda presa. Así nomás. A la vista de todos. Con lo cual está diciendo: de los parapoliciales ni se habla. El que habla o pregunta va en cana. Aquí, una duda: ¿está razonando bien Perón o está fuera de quicio? ¿Qué país cree que está gobernando? ¿Un paraíso bananero? ¿El es Trujillo? ¿Es Dios? ¿Puede hacer lo que se le cante? ¿No hay Congreso, no hay oposición, no hay instituciones? Hay miedo. 19) 1 de mayo. Horrible jornada. Errores por todos lados. Los Montoneros enloquecen. Exigen una absurda Asamblea Popular e insultan a Perón como nadie jamás lo ha hecho. Sólo tal vez Aramburu, Rojas, las señoras de las peluquerías de lujo, los gentlemen del Jockey Club y los miembros de la Sociedad Rural. Perón pierde el control y los insulta. Los montos se van. Atención ahora: la plaza no queda vacía. Esa es una foto del diario *Noticias* tomada desde un ángulo sesgado que agranda la imagen del vacío. La revista *Movimiento* publica otra en que se ve apenas un espacio –un buen espacio– totalmente vacío, pero no la mitad de la plaza. En suma, no se fue la mitad. Se fue un tercio. Como sea, no importa. El que se iba no era “el pueblo”. Era la militancia montonera insultada por los pesados de los sindicatos que le pedían a la policía que les diera leña “a esos troscos de mierda”. El pueblo peronista ya no iba a las reuniones bélicas de los distintos encuadramientos. Estaba en su casa. Con miedo. 20) El 11 de mayo, el custodio de Perón, el hombre de la Triple A, Rodolfo Almirón, acribilla al padre Carlos Mugica. Perón no se da ni por enterado. Cuando lo necesitó se tomó la molestia de ir a buscarlo a la Villa 31. Ahora ni a su velorio va. Ni una corona le manda. 21) Se dice que pide hablar con Norma Arrostito. Que quiere lograr –como

lo dijo desde un inicio– un cambio decisivo en la conducción de la Orga. No los traga a Quieto ni a Firmenich. La reunión no se hace. De todas formas, ésta fue una buena iniciativa de su parte. Pero tan tarde, tan tarde. 21) Algo intenta en su discurso del 12 de junio. Pero no sabemos qué. Se despide con su hermosa frase. 22) Cede el poder a Isabelita. Este es un error definitivo, ilevantable. El no verá sus consecuencias. Pero la Chabela –apenas el 4 de julio– confirma a López como su secretario privado. Nadie lo duda: gobernará el clown exterminador. La Triple A empieza a matar gente a diestra y siniestra. *De todas esas muertes el responsable es Perón*. Quien le dejó al país en herencia a una cabaretera tonta y fascista (hay cabareteras que son magníficas personas y todos los escritores estamos habituados a disfrutar con la creación o con la frecuentación –con motivos literarios– de esos personajes y encontrarles sus aristas sensibles, nobles) manejada por un clown asesino-compulsivo fue Perón. Por consiguiente, señores, guste o no, nadie se puede sacar de encima semejante atrocidad política. A pagar. Y si de pagar se trata hay que decirlo: la responsabilidad de muertes como las de Ortega Peña, Silvio Frondizi, Julio Troxler, Atilio López y de por lo menos 1500 personas más recae sobre Juan Domingo Perón. Qué pena. Qué bronca. Qué dolor también. Que en apenas un año un gran líder de masas, el único político que realmente hizo algo por los pobres de este país y les arruinó la eterna fiesta a los dueños eternos de esta tierra haya deteriorado tanto su figura es una de las grandes desgracias de la Argentina, país que no carece de ellas. Baste pensar que Félix Luna (un radical antiperonista) confiesa tenerle envidia: “Porque muchos hombres y mujeres de la Argentina sintieron que sus vidas eran más ricas y plenas cuando lo tenían a su lado” (Luna, *El 45*, p. 491). Recordemos esa anécdota que conté. Salía de la cantina de Munro donde me gustaba comer el flan Quimili y un obrero, que tenía una bicicleta, me dice: “¿Usted cree que estos zurdos que están gobernando ahora me van a sacar la bicicleta?” (lo decía por Cámpora y su gobierno Jotapé). “No”, le dije. “Y si eso pasa, quédese tranquilo. Pronto vuelve Perón y se la da de nuevo.” “¿Vio? Es lo que yo digo. Mientras esté Perón nunca me va a faltar una bicicleta.”

LOS ERRORES DE LAS ORGANIZACIONES ARMADAS

El factor atenuante de los errores de Perón está en la organización que le hizo la guerra. Porque eso fue lo que le hizo: matarle a Rucci era la guerra. Era pegarle donde más le dolía. Era sacarlo de quicio. Por otra parte, ignoro qué resorte de su espíritu de jefe vulneraba la rebeldía, la insolencia de la Jotapé. Pero no debía ser menor, intrascendente. El General les concedió demasiada importancia. Su sagacidad política pareció velarse, ensombrecerse ante ellos. Esto lo llevó a actuar casi exclusivamente para combatirlos, y hasta para actuar en busca de su destrucción. Algo que explica –en parte solamente– el respaldo a López Rega. A toda la derecha peronista. A veces, más que consagrarse a gobernar el país, se veía obstinado en combatir a la Tendencia. Otras, era torpe o directo o abiertamente provocador. Algo que, en política (y él lo sabía muy bien), no suele dar buenos frutos. Agredió en lugar de negociar. Pareció aferrarse hasta último momento a esa idea de pegar cuatro gritos por un micrófono y con un vaso de agua a mano y mandarlos a sus casas. Eso, lo que le había dicho a Jorge Antonio. Tener que combatir a quienes (sabía) habían hecho posible en mayor medida que todos los demás su retorno le producía un desgaste inesperado. Porque le ofrecían una resistencia también inesperada. Acaso en ese enfrentamiento se sintió viejo. La realidad no se dejaba esta vez derrotar por su carisma, por su prestigio ni por el mito de su nombre. Y eran –para colmo– los jóvenes. Los que le habían dado lustre de revolucionario, de político agguerrido, de joven entre los más jóvenes, de superpibe. Sólo muriéndose pudo huir de los problemas que le planteó el país real al que regresó y que –contrariamente a lo que decía– no era lo que él imaginaba, eso que decía conocer muy bien. Si durante el exilio él se hizo todo lo socialista que pudo para incorporar a los jóvenes y los jóvenes se hicieron todo lo peronistas que pudieron para entrar en el movimiento de masas, a partir del 20 de junio él se hizo demasiado peronista y la juventud demasiado socialista. La brecha se volvió cada vez más insalvable.

Los errores de las organizaciones armadas fueron tan superlativos como los de Perón. Como vengo tratando este tema a lo largo de toda esta obra le voy a ceder centralmente la voz a mi amiga y compañera Pilar Calveiro. (*Nota*: Quiero señalar algo de lo que no me avergüenzo. Mi libro es el anti-Favio. Favio le dedica todo su largo film a la obra del primer Perón y al del exilio y luego, cuando llega a Ezeiza, acusa a los que (según él) empezaron a tirar desde los árboles, después pasa algo más, después se muere Perón y ahí termina la película. Para Favio, el tercer Perón no existe. La Juventud Peronista tampoco. Hace desfilar varias veces unos trenes con pintadas montoneras. Nadie sabe qué significa eso. Pero también dura poco. La cuestión es clara: Favio no quiere verlo al tercer Perón. No quiere ni hablar de la Jotapé. No quiere meterse con ese infierno que fue el año final de la vida del líder. Queda, así, el conductor angélico de los años felices y de la lucha contra el régimen. ¡Yo también habría querido eso, Favio! Pero la realidad no se corta como una película. *O*

no deja de existir porque decidís no filmarla. Mi libro, sólo al año 1973, le dedica alrededor de ochocientas páginas. Tal vez exageraré. Pero mi Perón es total, no le amputé nada para hacerlo bueno. No le agregué nada para hacerlo malo. La diferencia es grande. Un cineasta, un escritor –en temas como éstos– tienen que manejarse con una moral. La moral reside en no ocultar los hechos, en no escamotearlos. Después vienen las interpretaciones. Pero ocultar los hechos bajo el felpudo es mentir.) Calveiro –buscando una síntesis final, o todo lo definitiva que pueda ser, ya que nada lo es– enumera los errores de las Orgas. Habla de la desinserción, es decir: del alejamiento de las bases que pretendían representar. “La desinserción (escribe) favoreció el rebrote de un vanguardismo cuyas fuentes provenían del foquismo inicial. Con la destrucción de las agrupaciones de base, Montoneros fue perdiendo los canales de comunicación, y comenzó a girar en el vacío de su propia lógica, cada vez más desconectada y autosuficiente” (Pilar Calveiro, *Política y/o violencia, Una aproximación a la guerrilla de los años ‘70*, Norma, Buenos Aires, 2006, p. 149). “A medida que aumentó el aislamiento de los sectores populares, se incrementó la práctica ‘internista’ y consecuentemente floreció una lógica cerrada, retroalimentada, autosostenida y sin instancias de confrontación política con otros sectores” (Calveiro, *Ibid.*, p. 151). El análisis de Calveiro se centra en un hecho inevitable: el aislamiento de la organización ante la realidad que vivía el país. En 1977 se llega al disparate de afirmar que la “situación del gobierno no puede ser peor” (Calveiro, *Ibid.*, p. 154). Precisamente ahí el poder desaparecedor desplegaba una impunidad aberrante. El delirio crece: “El caudal de nuestra política es, hoy, no menos de dos millones y medio de votos” (Calveiro, *Ibid.*, p. 155). Se sabe que tanto los erpios como los montos deseaban el golpe para eliminar el molesto “colchón democrático” del gobierno de Isabel. Luego de haberle entregado el motivo final del golpe en bandeja a los comandantes con el ataque a Monte Chingolo (“la más grande operación guerrillera desde el Moncada”, decía con orgullo sin advertir que estaba infiltrado hasta las medias), Santucho recupera su entusiasmo con el golpe del 24 de marzo y lanza una *Proclama* que es una pieza patética de delirio y autismo político: “¡Argentinos, a las armas!”. Y concluía del siguiente modo: “El paso dado por los militares clausura definitivamente toda posibilidad electoral y democrática y da comienzo a un proceso de guerra civil abierta que significa un salto cualitativo en el desarrollo de nuestra lucha revolucionaria” (María Seoane, *Todo o nada*, Planeta Bolsillo, Buenos Aires, 1997, pp. 276/277). Pocos, muy pocos, meses después –ante los resultados de un enfrentamiento catastrófico con los militares que los aniquilaron con pasmosa facilidad– declaraba: “Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las Fuerzas Armadas al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo de masas” (Pilar Calveiro, *Poder y desaparición, Los campos de concentración en la Argentina*, p. 19). Si no lo previeron fue porque nunca hicieron verdadera política de masas y mucho pero mucho menos se preocuparon por comprender al “pueblo peronista”. Ese que Perón había moldeado y del que ellos no sabían nada. Describiendo la situación creada a partir del 24 de marzo, Rodolfo Walsh –casi a fines de ese año– le escribía a la conducción montonera: (La situación es) “de retirada para la clase obrera, derrota para las capas medias y desbande en sectores intelectuales y profesionales” (Ernesto Salas, *El debate entre Rodolfo Walsh y la conducción montonera*, Revista *Lucha Armada*, Año 2, N 5, Buenos Aires, p. 10). Sin embargo, en marzo de 1978, Firmenich todavía dice: “La justicia de nuestra causa, la experiencia adquirida, el compromiso hacia nuestros compañeros, héroes y mártires, el ejemplo de nuestro pueblo, nos aseguran la victoria final” (Calveiro, *Política y/o violencia*, pp. 156/157).

La situación interna era de terror. Se estaba tan en superficie como siempre porque los perejiles ni idea tenían de la clandestinidad. Pero, por cada operativo de la guerrilla, los grupos de tareas hacían una *razzia* de brutal violencia en esos sectores y, en los campos clandestinos, se acentuaba la tortura gratuita, la meramente sádica, y si sobre alguien se dudaba si matarlo o dejarlo vivo un tiempo más y ver qué ocurría con él, ese mismo día lo masacraban. De aquí que los “operativos” de los que se disponían a liberarnos a todos eran tomados con miedo y con bronca por los cuerpos que estaban a disposición de los carniceros, en sus casas o en los campos. Si estaban en los campos, acentuaban la tortura o los mataban. Si estaban en sus casas, los llevaban a los campos. Perdía ensaya una autocrítica que tiene validez: “Nuestra resistencia no tenía ya la misma legitimación social que la de la década anterior. Se debía –en parte– a la correspondencia por haberle dado excusas al golpismo y también por el retraimiento de la lucha de masas. Fue por ello que el alto costo humano de la acción desplegada no tuvo proporcionada eficacia, dejando tanto dolor y frustración (...). Producido el golpe del ‘76, ejercimos el legítimo derecho de resistencia, pero lo hicimos a precios muy altos y con el error de desplegar un tipo de violencia que no se correspondía con el repliegue de la mayor parte de la población (...) *El sincero reconocimiento de esta equivocación aspira a que sirva para que otras generaciones eviten repetirla (...)* Parece tan incorrecto condenarnos sin atenuantes –como lo hacen algunos–, como reivindicarnos desde la misma soberbia que tuvimos

nosotros otrora” (Roberto Cirilo Perdía, *La otra historia, Testimonio de un jefe montonero*, ed. cit., pp. 278/ 279. Cursivas del autor.) Se trata de un texto sincero y valiente. Justamente asume el que creemos es el error fundamental de la acción guerrillera y sobre todo de la foquista (de tan triste experiencia en América latina, aunque haya legado a la posteridad la imagen eternamente rebelde de Ernesto Guevara): el foco condena a sus integrantes a la violencia sin pueblo, al alejamiento de las masas, a la ignorancia de sus necesidades, de su historia, sus costumbres y hábitos. Sólo puede terminar siendo lo que siempre fue: un ejercicio de soberbia, la consolidación de la vanguardia iluminista, ciega para todo salvo para sus delirios internos.

Uno de esos delirios fueron las contraofensivas montoneras. Elegían a los militantes casi al azar y les otorgaban misiones sin asidero alguno. Les hacían firmar una especie de contrato o compromiso con la Orga y los enviaban a liberar la Argentina de los desaparecidos. Había un Manual primitivo, burdo, que había redactado Julio Roqué, y que terminó por llevar su nombre para honrarlo a raíz de su heroica, increíble muerte ante una enorme patota de la ESMA a la que le llevó horas derrotarlo. Fue el 29 de mayo de 1977. Roqué era miembro de la Conducción Nacional, pero estaba en el país, haciendo probablemente eso para lo que se había preparado toda su vida: luchar contra el poder por medio de las armas, que manejaba brillantemente. El *Manual Roqué* se les daba a jóvenes que no tenían su preparación ni su coraje. Uno de ellos –Fito– narra en el libro de Cristina Zuker: “No teníamos ideas de cuáles iban a ser las operaciones, pero había dos opciones para encuadrarte, como si fuera la carrera de letras o de ciencias. Podías elegir entre las Tropas Especiales de Agitación (TEA) o las Tropas Especiales de Infantería (TEI), pero todos los que estábamos ahí tuvimos que firmar ese contrato” (Cristina Zuker, *El Tren de la Victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 164). Firmenich suele defenderse del desastre de las contraofensivas diciendo que él no era el Flautista de Hamelín: que los que iban a pelear o a morir en la Argentina de los militares lo hacían por voluntad propia. Que él no tiene responsabilidad alguna. Que no obligó a nadie. Que fueron por su propia voluntad. “La estrategia nuestra no era salvar gente”, concluye. Y José Amorín le da una paliza política y estratégica definitiva: “Sí eras un Flautista de Hamelín: para esos pibes que vos confundís con ratas, eras el fundador de los Montos, el ejecutor de Aramburu, el ‘modelo’ a seguir, precisamente, a seguir. Y eran pibes. Pibes que ni siquiera tenían nuestra edad cuando empezamos a los balazos” (José Amorín, *Montoneros: la buena historia*, Catálogos, Buenos Aires, 2006, p. 273). Dice, en seguida, que cuando ellos empezaron a los tiros tenían apoyo popular. “En cambio, estos pibes, como producto del abierto desarrollo de los frentes de masas y su posterior desamparo con el pase a la clandestinidad, eran conocidos (...) Y no Pepe: nada es más difícil que desertar de una organización clandestina; primero porque una vez que te entregaste en cuerpo y alma a ella no tenés a dónde ir y, segundo, porque en ella pusiste tu Fe, en ella están tus hermanos, ella es tu familia y no podés abandonarla sin que la culpa te destruya (...). Y por último, Pepe, no sé cuál será ‘tu’ estrategia pero, desde que la historia es historia, a todos los generales sensatos lo que más les importó fue, siempre, salvar a su gente. No por humanismo o piedad: los militares carecen o carecieron de tales virtudes, por definición. En las guerras no existe la piedad, al menos en sus mandos la piedad es una virtud desconocida. Lo hacían con el objeto de preservar sus fuerzas hasta que las condiciones de la guerra los favorecieran. Para eso, vos que leíste a Clausewitz bien lo sabés, se inventaron las retiradas y sus diferentes modalidades” (José Amorín, *ob. cit.*, pp. 273/274).

LA TRAGEDIA DE LA MILITANCIA (Y SUS ERRORES)

Cuando se inauguró el *Parque de la Memoria*, Marcelo Brodsky, que es un gran amigo y que tiene a un hermano desaparecido de veintidós años, Fernando, alumno del ILSE (Marcelo lo fue del Nacional Buenos Aires, de donde se chuparon a 112, algunos de edades tan peligrosas como dieciséis o catorce años), me invitó a que lo viera antes de la inauguración. Me sumergí en ese horror. Y ahí descubrí muchos nombres del pasado. Sí, sabían lo que hacían. Muchos, al menos. Otros jamás sabremos por qué los mataron. No estaban en nada. Pero en serio: en nada. Sé que no podemos victimizarlos. Ni tornarlos heroicos porque a

las generaciones que vienen después eso no les cae bien. Bueno, no fueron mártires, no fueron víctimas, no fueron heroicos. Algo habrán sido. Creo que fueron jóvenes atrapados en una encrucijada de la historia que esta obra ha delineado con –así lo espero– rigor. Se entregaron a ella. No todos del mismo modo. La mayoría no ejerció la lucha armada, pero fueron –para ellos– héroes quienes la llevaron a cabo. “El punto más avanzado de la lucha.” Miguel dice en este libro: “Cuidado, compañeros: no nos metamos la muerte en el alma”. Sin embargo, las consignas revelan esa dureza, ese fervor, ese deslumbramiento casi infantil por los fierros y por quienes se atrevían a guerrear con ellos. Pero hubo mucha generosidad. Hubo militancia barrial, fabril, villera, universitaria, sindical. Chicos y chicas que soñaban con no sé qué. Con algo –sin duda– que iba más allá de Perón. ¿Con qué puede soñar un joven sino con la plenitud? ¿O acaso sabe lo que le espera? De saberlo sería más prudente. De saberlo, no sería joven. Ninguno de nosotros imaginaba un futuro como el que tuvimos. Se trataba de traerlo a Perón, de hacer al pueblo feliz y a la nación grande. Los que nos unimos en torno del proyecto de la revista *Envído* creo que teníamos algo del espíritu de la Generación del ‘37. Esto lo dice Horacio en un Prólogo a la edición facsimilar de la revista a cargo de la Biblioteca Nacional. No fue casual que, en el número tres, yo escribiera sobre Alberdi y Rosas. El primero busca acercarse al segundo con los resultados conocidos. Termina en Montevideo conspirando contra el Restaurador y unido a los unitarios que buscaban la ayuda francesa para derrocar a la “tiranía”. ¿Queríamos ser a Perón lo que Alberdi había sido para Rosas? Es posible. Desbordábamos ideología. Y sabíamos –aunque sin confesárnoslo demasiado y ni siquiera poco– que el peronismo era débil en el debate de ideas ante la izquierda marxista. Esto nos entusiasmaba. Estaba todo por hacerse. Hegelianos y marxistas éramos por formación, por espíritu de los tiempos. Pero en la “cuestión nacional” y en el peronismo todo estaba por hacerse, ya que aunque los compañeros creyeran que con Jauretche o Scalabrini alcanzaba para discutir con Portantiero y los suyos, no podíamos acompañarlos en esa certeza. Nosotros seríamos más sólidos. Para eso teníamos nuestras formaciones universitarias. Para dar la lucha de ideas de igual a igual. A nosotros no nos iban a correr con los *Grundisse*. Arturo Armada encontró para *Envído* una definición que define también a los jóvenes del ‘70: “*Envído* fue la expresión esforzada, dolorosa, ingenua y tributaria de una época, que contenía en su vientre político una sarta de desproporcionadas ilusiones, sustentada por un grupo de veinteañeros que creían que se convertirían en los ‘Marx’ latinoamericanos del siglo XX”. Lo de los “Marx” latinoamericanos del siglo XX era algo privativo de algunos de nosotros. Pero hay núcleos poderosos en ese texto que señalan a esa generación. Tomemos dos: fue tributaria de una época y tuvo desproporcionadas ilusiones. Ignoro si nos sabíamos tributarios de una época. Diría que creíamos que la historia se iniciaba con nosotros y que con nosotros se resolvería. En eso éramos “ingenuos”. Pero la coyuntura era tan excepcional que nosotros nos sentíamos así. Los privilegiados protagonistas de una gran etapa de la Historia. A nadie le parecía discordante que las “desproporcionadas ilusiones” se sustentaran en una generación de veinteañeros. Ante todo porque las ilusiones no nos parecían “desproporcionadas”. Eso lo sabemos ahora. Pero en ese momento las ilusiones eran las impecables ilusiones de los veinteañeros. ¿O para qué se tienen veinte años? Y no digamos sólo “veinte”, pues nos encierra y nos sofoca bajo el imperio del prestigio de la frase de Paul Nizan: “A nadie permitiré decir que es la mejor edad de la vida”. Eran veinte años, pero también veinticinco y veintiocho y hasta treinta y algo más. Y si fueran veinte, ¿qué había de malo? Aquí no se verificaba la célebre amargura, el escepticismo de la frase de Nizan. Para los pibes de la Jotapé tener veinte años en 1972 era estar en la mejor edad de la vida, en el mejor lugar de la Historia. Pero había entre nosotros otro núcleo, que Arturo no menciona porque él define a *Envído* y *Envído* jamás apoyó la violencia. Ese núcleo era la lucha armada. La trampa en que cayó esa generación fue exacta, precisamente ésa. Como dice Eduardo Grüner: no tengo autoridad ni elementos ni sabiduría para señalar con certeza qué otro camino habría sido posible o si había otro. Sólo sé que el que se eligió costó demasiado. Debiera decir: ojalá Fernando Abal Medina nunca hubiera hecho fuego sobre Aramburu. Pero, ¿con qué derecho? Y además, ¿no es un disparate decirlo? Debiera decir

antes: ojalá los gorilas no hubieran bombardeado la Plaza de Mayo. Ojalá no hubieran derrocado a Perón, promulgado el decreto 4161, asesinado al general Valle, hecho desaparecer el cadáver de Evita, o masacrado a los peronistas que regaron con sangre los basurales de José León Suárez y mil cosas más. La Historia fue como fue. Y hubo hechos que provocaron otros. Acaso lo único imprevisible, inaceptable y, sobre todo, inimaginable, fue el horror de la dictadura desaparecedora. De la llamada “guerra contra la subversión”. Los que lograban enterarse de “algo” de lo que se venía lo anunciaban como el fin del mundo: “Esto es distinto”, decían. “Este golpe no es como los otros. No es otro golpe. Es la masacre total y para cualquiera.” Fue lo que la Escuela de Frankfurt ha analizado a raíz de Auschwitz: una ruptura en el devenir histórico. (O, sin más, la ruptura de la ilusión del devenir histórico.) A la pregunta frankfurtiana: “De qué es superación Auschwitz”, nosotros añadimos la nuestra “De qué es superación la ESMA”. No esperábamos que todo terminara tan mal. Esto no debiera frenar a los que vinieron después. Pero es casi imposible que no lo hiciera. La matanza se hizo para eso. Para que nadie nunca jamás se atreviera a cuestionar al poder.

Nada más tenemos para decir. Y sentimos que apenas si hemos dicho algo. Todo es tan opaco. Tan impenetrable. Sigo y seguiré creyendo que los seres humanos hacen la Historia. Sin embargo, luego de este largo trayecto, creo más que nunca que la Historia los hace a ellos. Y hasta que son sus víctimas. También creo que hay que seguir. No cobijarse bajo la rendición incondicional, para la que –cómo negarlo– hay mil motivos, mil excusas. No aceptar ese escepticismo blando –disfrazado de implacable lucidez– que nos lleva a escamotearnos, a decir que ya hicimos lo nuestro y se acabó o que nada merece ser hecho. Porque aunque la lucha contra la opresión, el espíritu de sometimiento y la pulsión de muerte parecieran condenadas a perderse siempre por ser una lucha casi desesperada contra nosotros mismos, contra la urdimbre de la que estamos hechos, no hay que abandonarla jamás. Pensemos (casi con alegría) que acaso la voluntad y la pasión y la lucidez para enfrentar la injusticia es también un elemento esencial de la condición humana.

TODO SALIÓ MUY MAL, PERO HAY QUE SEGUIR: TODO PUEDE SALIR MEJOR

Virginia Feinmann trabaja en el Centro de la Memoria Haroldo Conti. Está con Eduardo Jozami, con Lila Pastoriza, con María Pía López. Con Horacio González, que se acerca a menudo. No hace mucho (el 10/04/2010) me envió un mail: “Me resulta incómodo el uso de la palabra guerra. Como sabés, es la defensa exacta de los represores: Que estábamos en guerra, que se libró una guerra, una guerra sucia, pero guerra al fin. Y con eso justifican todo. Desde el campo de los derechos humanos se lucha un montón cada día para desterrar el concepto de guerra o guerra sucia en todos los discursos desprevénidos.

“También es un error hablar de que mueren víctimas ‘inocentes’, como si los que estaban metidos en los fierros se lo hubieran merecido, o hubiera estado más justificado. Sabemos que se mandaron algunas cagadas (o si preferís: más que algunas), pero de ningún modo lo que correspondía era el secuestro, la tortura, la muerte y la desaparición del cuerpo, todo sin juicio. Se puede hablar de perejiles, pero hablar de inocentes me parece que abre el campo a pensar que los otros lo merecían”.

Vaya este texto como agradecimiento a mi entusiasta y brillante colaboradora Virginia. Su trabajo fue inapreciable. Germán Ferrari también colaboró y mucho, pero –afortunadamente– se entregó con alma y vida a escribir y editar su libro *Símbolos y fantasmas*. Ya habrá tiempo y lugar para otros agradecimientos. Por ahora, sólo mencionar algunos: Hugo Soriani, Miguel Rep, Víctor Vigo y su equipo, Ernesto Tiffenberg y Jorge Prim. Bertotto, siempre. Verónica también.

Por el momento, esta obra se interrumpe aquí. Que se interrumpa y “por el momento” implica la voluntad de continuarla más adelante. Pero la vida se burla de nuestros humildes voluntarismos. Lo que torna incierta esa continuación. Podrá ser, podrá no ser. En el peor de los casos se continuará en otras obras, incluso ficcionales. Ojalá que así sea. Y si no es, que nadie se preocupe. No faltarán otros.

noviembre de 2007 – mayo de 2010